

lucen... Deben transformarse en dragones voladores».

—Arrastrándose a tus pies —dijo el mosquito, y Alicia encogióse asustada—, puedes observar la «tost-hada» voladora. Sus alas son dos rebanadas de pan tostado con manteca, el cuerpo un trozo de corteza, la cabeza un terrón de azúcar.

—¿Y de qué vive?

—De café con leche, chocolate y té.

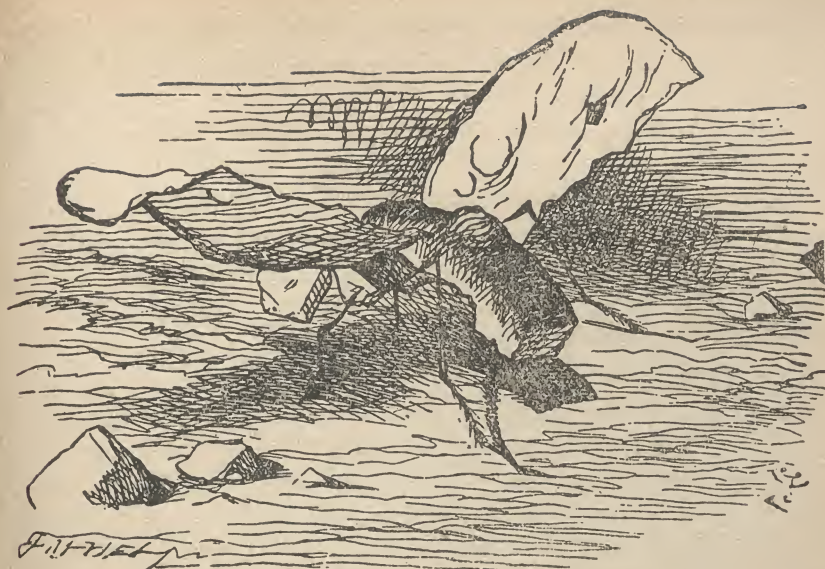
—¿Y si no encuentran nada de eso? —preguntó Alicia, al presentársele esa nueva dificultad.

—Se mueren. La cosa está bien clara.

—Lo cual debe suceder muy a menudo —convino Alicia muy pensativa.

—Sucedre siempre.

Tras estas palabras, Alicia permaneció unos minutos reflexionando. Mientras tanto el mosquito se divertía



en revolotear alrededor de su cabeza, dejando oír su delgadísimo zumbido. Se detuvo por fin y dijo:

—Supongo que no tienes necesidad de pedir el nombre.

—Por supuesto que no —respondió Alicia.

—Sin embargo, yo lo ignoro —siguió el mosquito, muy cariñoso—. Sólo que pienso cuán útil sería si te las arreglaras para volver a tu casa sin él. Así, por ejemplo, si la institutriz te llamara para tomarte la lección, diría: «¡Venga aquí!...», y verías obligada a detenerse por no ocurrírsele ningún nombre, y, por consiguiente, tú no irías. ¿Te das cuenta?

—Eso no ocurriría nunca, estoy más que segura. Mi institutriz es incapaz de interrumpir mis lecciones por esa bagatela. Si se olvida de mi nombre me llama *miss*, como me dicen los criados.

—Y bueno. Si dice *miss* y no dice otra cosa, puedes